

Miguel de Cervantes

El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha

Ilustraciones de José Ramón Sánchez
(Premio Nacional de Ilustración)



ANAYA

MIGUEL DE CERVANTES

El ingenioso hidalgo

DON QUIJOTE
DE LA MANCHA

Ilustraciones de
José Ramón Sánchez

Edición, introducción y notas de
Ángel Basanta

ANAYA

1.ª edición, abril 2015

© De las ilustraciones: José Ramón Sánchez, 1993, 1999, 2005, 2015
© De la introducción y notas: Ángel Basanta, 1993, 1999, 2005, 2015
© Esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2015
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-678-7136-4
Depósito legal: M-1571-2015

Maquetación: José Ramón Sánchez

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



En un lugar de la Mancha
de cuyo nombre no quiero
recordar, vivió un tiempo
un caballero de muy
alta cuna, de muy
buenos linajes, de
mucha honrra y de
mucho dinero. Su
padre se llamaba
Don Quixano de la
Mancha, y su madre
Donna Quixada
de la Mancha. Este
caballero se llamaba
Don Quixano de la
Mancha, y su nombre
de nacimiento se
llamaba Alonso.

ESTA EDICIÓN

El texto de esta edición del *Quijote* reproduce el publicado en la Biblioteca Didáctica Anaya, números 24 y 25, Madrid, 1987, reimpresión de 1992. Aquí como allí se ha seguido íntegramente —con sólo algunas enmiendas comúnmente aceptadas en el cervantismo actual— el texto de la edición príncipe (impresión de Juan de la Cuesta, Madrid, 1605 —la primera parte— y 1615 —la segunda parte—), reproducido en edición facsimilar por la Real Academia Española en 1917 y reeditado en 1976.

La modernización del texto (ortografía, acentuación, puntuación) está orientada por el propósito de llevar a cabo una actualización del mismo sin traicionar en modo alguno las características fundamentales de la lengua en que fue escrito. Se han practicado, pues, las actualizaciones ortográficas habituales en las modernas ediciones de textos clásicos; y, además, se han actualizado también aquellos casos que pueden inducir a errores ortográficos: presencia o ausencia de *h* (*aora*: ahora; *barriero*: arriero; *yelan*: hielan); actualización de las grafías *s-x* (*estrañas*: extrañas); *g-j* (*agena*: ajena); *b-v* (*reberencia*: reverencia; *bevida*: bebida). De igual modo se ha operado con los grupos consonánticos: *c-cc* (*satisfación*: satisfacción); *c-xc* (*excepto*: excepto); *t-ct* (*letura*: lectura; *pericto*: perito); *t-pt* (*conceto*: concepto); *m-nm* (*comigo*: conmigo); *n-mn* (*coluna*: columna); *n-nn* (*inumerabilidad*: innumerabilidad); *n-gn* (*inominia*: ignominia)...

Todo lo demás —que es casi todo— se ha conservado, con el afán de mantener las peculiaridades lingüísticas del Siglo de Oro, las cuales van sistemáticamente anotadas en su lugar correspondiente. Por lo general, no se discuten problemas de naturaleza textual, salvo

en unos pocos casos concretos en que no era razonable pasarlos por alto: por ejemplo, el erróneo epígrafe de I, 10, o las interpolaciones referidas al robo y posterior hallazgo del rucio de Sancho Panza.

Las notas han sido revisadas, actualizadas y considerablemente ampliadas en esta edición. Muchas se limitan a aclarar el significado o la forma de la palabra en cuestión. Otras —que también son muchas— se centran en la explicación de pasajes difíciles, referencias históricas y literarias o en la relevancia de aspectos temáticos y formales que invitan a la reflexión en toda lectura atenta del *Quijote*. En esta labor de anotación y comentario he utilizado constantemente las más importantes ediciones de la novela debidas a D. Clemencín, F. Rodríguez Marín, R. Schevill y A. Bonilla, M. de Riquer, J. J. Allen, L. A. Murillo, J. B. Avalle-Arce, J. Casaldueiro y V. Gaos, entre otros, además de un amplio número de estudios sobre el *Quijote*. En las notas correspondientes el nombre del cervantista autor del comentario figura al final entre paréntesis, identificado por su apellido (Clemencín, Unamuno, Madariaga, Hatzfeld, Gaos...) o, en algunos casos, primero con el nombre completo y después sólo con el primer apellido: por ejemplo, Serrano Plaja (Serrano), Torrente Ballester (Torrente), Percas de Ponseti (Percas)..., pero Rodríguez Marín (R. Marín). Todo lo cual aparece debidamente citado en la Bibliografía.

**EL INGENIOSO
HIDALGO DON QUI-
XOTE DE LA MANCHA,**

*Compuesto por Miguel de Cervantes
Saavedra.*

**DIRIGIDO AL DVQUE DE BEIAR
Marques de Gibrleon, Conde de Benalcaçar, y Baña-
res, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de
las villas de Capilla, Curiel, y
Burguillos**



**CON PRIVILEGIO,
EN MADRID Por Juan de la Cuesta.**

Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro señor

Cubierta de la primera edición de El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha, realizada en Madrid, en 1605, por Juan de la Cuesta.¹

T A S A ²

Yo, Juan Gallo de Andrada, escribano de Cámara del Rey nuestro señor, de los que residen en su Consejo, certifico y doy fe que, habiendo visto por los señores dél un libro intitulado *El ingenioso hidalgo de La Mancha*, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra, tasaron cada pliego del dicho libro a tres maravedís y medio; el cual tiene ochenta y tres pliegos, que al dicho precio monta el dicho libro docientos y noventa maravedís y medio, en que se ha de vender en papel ³; y dieron licencia para que a este precio se pueda vender, y mandaron que esta tasa se ponga al principio del dicho libro, y no se pueda vender sin ella. Y para que dello conste, di la presente en Valladolid ⁴, a veinte días del mes de diciembre de mil y seiscientos y cuatro años.

JUAN GALLO DE ANDRADA

TESTIMONIO DE LAS ERRATAS

Este libro no tiene cosa digna ⁵ que no corresponda a su original, en testimonio de lo haber correcto di esta fee. En el Colegio de la Madre de Dios de los Teólogos de la Universidad de Alcalá, en primero de diciembre de 1604 años.

EL LICENCIADO FRANCISCO MURCIA DE LA LLANA

E L R E Y

Por cuanto por parte de vos, Miguel de Cervantes, nos fue fecha relación que habíades compuesto un libro intitulado *El ingenioso hidalgo de La Mancha*, el cual os había costado mucho trabajo y era muy útil y provechoso, nos pedistes y suplicastes os mandásemos dar licencia y facultad para le poder imprimir, y privilegio por el tiempo que fuésemos servidos, o como la nuestra merced fuese; lo cual visto por los del nuestro Consejo, por cuanto en el dicho libro se hicieron la diligencias que la premática ⁶ últimamente por nos fe-

cha sobre la impresión de los libros dispone, fue acordado que debíamos mandar dar esta nuestra cédula para vos, en la dicha razón, y nos tuvimoslo por bien. Por la cual, por os hacer bien y merced, os damos licencia y facultad para que vos, o la persona que vuestro poder hubiere, y no otra alguna, podáis imprimir el dicho libro, intitulado *El ingenioso hidalgo de La Mancha*, que desuso⁷ se hace mención, en todos estos nuestros reinos de Castilla, por tiempo y espacio de diez años, que corran y se cuenten desde el dicho día de la data desta nuestra cédula; so pena que la persona o personas que, sin tener vuestro poder, lo imprimiere o vendiere, o hiciere imprimir o vender, por el mesmo caso pierda la impresión que hiciere, con los moldes y aparejos della, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís cada vez que lo contrario hiciere. La cual dicha pena sea la tercia parte para la persona que lo acusare, y la otra tercia parte para nuestra Cámara, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare. Con tanto que todas las veces que hubiéredes de hacer imprimir el dicho libro, durante el tiempo de los dichos diez años, le traigáis al nuestro Consejo, juntamente con el original que en él fue visto, que va rubricado cada plana, y firmado al fin dél, de Juan Gallo de Andrada, nuestro escribano de Cámara, de los que en él residen, para saber si la dicha impresión está conforme el original; o traigáis fe en pública forma de cómo, por corrector nombrado por nuestro mandado, se vio y corrigió la dicha impresión por el original, y se imprimió conforme a él, y quedan impresas las erratas por él apuntadas, para cada un libro de los que así fueren impresos, para que se tase el precio que por cada volume hubiéredes de haber. Y mandamos al impresor que así imprimiere el dicho libro, no imprima el principio ni el primer pliego dél, ni entregue más de un solo libro con el original al autor o persona a cuya costa lo imprimiere, ni otro alguno, para efecto de la dicha corrección y tasa, hasta que antes y primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo; y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, y sucesivamente ponga esta nuestra cédula, y la aprobación, tasa y erratas, so pena de caer e incurrir en las penas contenidas en las leyes y premáticas destos nuestros reinos. Y mandamos a los del nuestro Consejo y a otras cualesquier justicias dellos, guarden y cumplan esta nuestra cédula y lo en ella contenido. Fecha en Valladolid, a veinte y seis días del mes de setiembre de mil y seiscientos y cuatro años.

YO EL REY

Por mandado del Rey nuestro señor:

JUAN DE AMEZQUETA

AL DUQUE DE BÉJAR ¹

MARQUÉS DE GIBRALEÓN, CONDE DE BENALCÁZAR
Y BAÑARES, VIZCONDE DE LA PUEBLA DE ALCOCER,
SEÑOR DE LAS VILLAS DE CAPILLA, CURIEL
Y BURGUILLOS

En fe del *buen acogimiento y honra* que hace Vuestra Excelencia a toda suerte de libros, como príncipe ² tan inclinado a favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten ³ al servicio y granjerías ⁴ del vulgo, he determinado de sacar a la luz al *INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA* al abrigo del *clarísimo nombre de Vuestra Excelencia*, a quien, con el acatamiento que debo a tanta grandeza, suplico le *reciba agradablemente* en su protección, para que a su sombra, aunque *desnudo de aquel* precioso ornamento *de elegancia y erudición de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, ose parecer* seguramente en el juicio de algunos que, *no continiéndose en los límites de su ignorancia*, suelen *condenar con más rigor y menos justicia los trabajos ajenos*; que, poniendo los ojos la prudencia de Vuestra Excelencia en mi buen deseo, fío que no desdeñará la corteza ⁵ de tan humilde servicio ⁶.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

PRÓLOGO

Desocupado lector¹: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir al orden de naturaleza; que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podrá engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío sino la historia de un hijo seco, avellanado², antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación³? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte⁴ para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento.

Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas, antes las juzga por discreciones y lindezas, y las cuenta a sus amigos por agudezas y donaires. Pero yo, que, aunque parezco padre, soy padrastra⁵ de don Quijote, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones o disimules las faltas que en este mi hijo vieres, y ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el más pintado, y estás en tu casa, donde eres señor della, como el rey de sus alcabalas⁶, y sabes lo que comúnmente se dice, que debajo de mi manto, al rey mato. Todo lo cual te exenta⁷ y hace libre de todo respeto y obligación, y así puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calumnien⁸ por el mal ni te premien por el bien que dijeres della.

Sólo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse. Porque te sé decir que, aunque me costó algún trabajo componerla, ninguno tuvo por mayor que hacer esta prefación que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribille, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiría; y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diría, entró a deshora⁹ un amigo mío, gracioso y bien entendido, el cual, viéndome tan imaginativo, me preguntó la causa, y, no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que había de hacer a la historia de don Quijote, y que me tenía de

suerte que ni quería hacerle, ni menos sacar a la luz sin él las hazañas de tan noble caballero.

—Porque ¿cómo queréis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo cuando vea que, al cabo de tantos años como ha que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora, con todos mis años auestas, con una leyenda¹⁰ seca como un esparto, ajena de invención, menguada de estilo, pobre de conceptos y falta de toda erudición y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos, que admiran a los leyentes, y tienen a sus autores por hombres leídos, eruditos y elocuentes? ¡Pues qué, cuando citan la Divina Escritura! No dirán sino que son unos santos Tomases y otros doctores de la Iglesia; guardando en esto un decoro¹¹ tan ingenioso, que en un renglón han pintado un enamorado distraído y en otro hacen un sermoncico cristiano, que es un contento y un regalo oílle o leelle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo qué acotar en el margen, ni qué anotar en el fin, ni menos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del ABC, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte y en Zoilo o Zeuxis, aunque fue maldiciente el uno y pintor el otro¹². También ha de carecer mi libro de sonetos al principio, a lo menos de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas o poetas celebérrimos; aunque, si yo los pidiese a dos o tres oficiales¹³ amigos, yo sé que me los darían, y tales que no les igualasen los de aquellos que tienen más nombre en nuestra España. En fin, señor y amigo mío —proseguí—, yo determino que el señor don Quijote se quede sepultado en sus archivos en La Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas, por mi insuficiencia y pocas letras, y porque naturalmente soy poltrón y perezoso de andarme buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos. De aquí nace la suspensión y elevamiento, amigo, en que me hallastes: bastante causa para ponerme en ella la¹⁴ que de mí habéis oído.

Oyendo lo cual mi amigo, dándose una palmada en la frente y disparando en una carga de risa, me dijo:

—Por Dios, hermano, que agora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que ha que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones. Pero agora veo que estáis tan lejos de serlo como lo está el cielo de la tierra. ¿Cómo que es posible que cosas de tan poco momento y tan fáciles de remediar puedan tener fuerzas de

suspender y absortar¹⁵ un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho a romper y atropellar por otras dificultades mayores? A la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿Queréis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento y veréis cómo en un abrir y cerrar de ojos confundo todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que decís que os suspenden y acobardan para dejar de sacar a la luz del mundo la historia de vuestro famoso don Quijote, luz y espejo de toda la caballería andante.

—Decid —le repliqué yo, oyendo lo que me decía—: ¿de qué modo pensáis llenar el vacío de mi temor y reducir a claridad el caos de mi confusión?

A lo cual él dijo:

—Lo primero en que reparáis de los sonetos, epigramas o elogios que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar en que vos mismo toméis algún trabajo en hacerlos, y después los podéis bautizar y poner el nombre que quisieredes, ahijándolos al Preste Juan de las Indias o al Emperador de Trapisonda, de quien¹⁶ yo sé que hay noticia que fueron famosos poetas, y cuando no lo hayan sido y hubiere algunos pedantes y bachilleres que por detrás os muerdan y murmuren desta verdad, no se os dé dos maravedís, porque, ya que¹⁷ os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes. En lo de citar en las márgenes los libros y autores de donde sacáredes las sentencias y dichos que pusiéredes en vuestra historia, no hay más sino hacer, de manera que venga a pelo, algunas sentencias o latines que vos sepáis de memoria, o, a lo menos, que os cuesten poco trabajo el buscallo, como será poner, tratando de libertad y cautiverio:

*Non bene pro toto libertas venditur auro*¹⁸.

Y luego, en el margen, citar a Horacio, o a quien lo dijo. Si tratáredes del poder de la muerte, acudir luego con:

*Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas,
Regumque turres*¹⁹.

Si de la amistad y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la Escritura Divina, que lo podéis hacer con tantico de curiosidad, y decir las palabras, por lo menos²⁰, del mismo Dios: *Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros*²¹. Si tratáredes de malos pensamientos, acudid con el Evangelio: *De corde*

*exeunt cogitationes malae*²². Si de la inestabilidad de los amigos, ahí está Catón, que os dará su dístico²³.

*Donec eris felix, multos numerabis amicos,
Tempora si fuerint nubila, solus eris*²⁴.

Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por gramático; que el serlo no es de poca honra y provecho el día de hoy. En lo que toca el poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podéis hacer desta manera: si nombráis algún gigante en vuestro libro, hacelde²⁵ que sea el gigante Golías, y con sólo esto, que os costará casi nada, tenéis una grande anotación, pues podéis poner: *El gigante Golías, o Goliat, fue un filisteo a quien el pastor David mató de una gran pedrada, en el valle de Terebinto*²⁶, según se cuenta en el libro de los Reyes, en el capítulo que vos halláredes que se escribe. Tras eso, para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el río Tajo, y veréisos²⁷ luego con otra famosa anotación, poniendo: *El río Tajo fue así dicho por un rey de las Españas; tiene su nacimiento en tal lugar y muere en el mar Océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinión que tiene las arenas de oro, etc*²⁸. Si tratáredes de ladrones, yo os diré la historia de Caco, que la sé de coro²⁹; si de mujeres rameras, ahí está el obispo de Mondoñedo, que os prestará a Lamia, Laida y Flora, cuya anotación os dará gran crédito³⁰; si de crueles, Ovidio os entregará a Medea; si de encantadores y hechiceras, Homero tiene a Calipso, y Virgilio a Circe; si de capitanes valerosos, el mesmo Julio César os prestará a sí mismo en sus *Comentarios*, y Plutarco os dará mil Alejandros. Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepáis de la lengua toscana, toparéis con León Hebreo, que os hincha las medidas. Y si no queréis andaros por tierras extrañas, en vuestra casa tenéis a Fonseca, *Del amor de Dios*, donde se cifra todo lo que vos y el más ingenioso acertare a desear en tal materia³¹. En resolución, no hay más sino que vos procuréis nombrar estos nombres, o tocar estas historias en la vuestra, que aquí he dicho, y dejadme a mí el cargo de poner las anotaciones y acotaciones; que yo os voto a tal de llenaros las márgenes y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro. Vengamos ahora a la citación de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habéis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta la Z, como vos decís³². Pues ese mismo abecedario pondréis vos en vuestro libro; que, puesto que³³ a la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teníades de aprovecharos dellos, no importa

nada; y quizá alguno habrá tan simple que crea que de todos os habéis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra. Y cuando no sirva de otra cosa, por lo menos servirá aquel largo catálogo de autores a dar de improviso autoridad al libro. Y más, que no habrá quien se ponga a averiguar si los seguistes o no los seguistes, no yéndole nada en ello. Cuanto más que, si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le falta, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón. Ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrología; ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutación³⁴ de los argumentos de quien se sirve la retórica; ni tiene para qué predicar a ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningún cristiano entendimiento. Sólo tiene que aprovecharse de la imitación en lo que fuere escribiendo, que cuanto ella fuere más perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira a más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para qué andéis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la Divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y período sonoro y festivo, pintando, en todo lo que alcanzáredes y fuere posible, vuestra intención, dando a entender vuestros conceptos sin intrincarlos³⁵ y oscurecerlos. Procurad también que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla³⁶. En efecto, llevad la mira puesta a derribar la máquina³⁷ mal fundada destes caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más; que si esto alcanzádes, no habríades alcanzado poco.

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decía, y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que sin ponerlas en disputa las aprobé por buenas y de ellas mismas quise hacer este prólogo, en el cual verás, lector suave, la discreción de mi amigo, la buena ventura mía en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso don Quijote de La Mancha, de quien hay opinión, por todos los habitantes del distrito del campo de Montiel³⁸, que fue el más casto enamorado y el más valiente caballero que de muchos años a esta parte se vio en aquellos contornos. Yo no quiero

encarecerte el servicio que te hago en darte a conocer tan noble y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien, a mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas. Y con esto, Dios te dé salud, y a mí no olvide. *Vale*³⁹.



AL LIBRO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA ¹

Urganda la desconocida ²

Si de llegarte a los bue-,
libro, fueres con lectu-³,
no te dirá el boquirru-⁴
que no pones bien los de-⁵.
Mas si el pan no se te cue-⁶
por ir a manos de idio-,
verás de manos a bo-⁷,
aun no dar una en el cla-,
si bien se comen las ma-⁸
por mostrar que son curio-⁹.

Y pues la experiencia ense-
que el que a buen árbol se arri-
buena sombra le cobí-,
en Béjar tu buena estre-
un árbol real te ofre-
que da príncipes por fru-,
en el cual floreció un du-¹⁰
que es nuevo Alejandro Ma-:
llega a su sombra; que a osa-
favorece la fortu-.

De un noble hidalgo manche-
 contarás las aventu-
 a quien ociosas lectu-
 trastornaron la cabe-:
 damas, armas, caballe-
 le provocaron de mo-
 que, cual Orlando furio-
 templado a lo enamora-
 alcanzó a fuerza de bra-
 a Dulcinea del Tobo-¹¹.

No indiscretos hieroglí-
 estampes en el escu-
 que cuando es todo figu-
 con ruines puntos se envi-¹².
 Si en la dirección¹³ te humi-
 no dirá mofante algu-:
 «¡Qué don Álvaro de Lu-
 qué Aníbal el de Carta-
 qué rey Francisco en Espa-
 se queja de la fortu-!»¹⁴

Pues al cielo no le plu-
 que salieses tan ladi-
 como el negro Juan Lati-¹⁵,
 hablar latines rehú-
 No me despuntes de agu-
 ni me alegues con filó-;
 porque, torciendo la bo-
 dirá el que entiende la le-¹⁶,
 no un palmo de las ore-:
 «¿Para qué conmigo flo-¹⁷?»

No te metas en dibu-
 ni en saber vidas aje-;
 que en lo que no va ni vie-
 pasar de largo es cordu-
 Que suelen en caperu-
 darles¹⁸ a los que grace-;
 más tú quémate las ce-
 sólo en cobrar buena fa-;
 que el que imprime neceda-
 dalas a censo perpe-.

Advierte que es desati-,
 siendo de vidrio el teja-,
 tomar piedras en las ma-
 para tirar al veci-.
 Deja que el hombre de jui-
 en las obras que compo-
 se vaya con pies de plo-;
 que el que saca a luz pape-
 para entretener donce-
 escribe a tontas y a lo-¹⁹.

AMADÍS DE GAULA A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto

Tú, que imitaste la llorosa vida
 que tuve ausente y desdeñado sobre
 el gran ribazo de la Peña Pobre²⁰,
 de alegre a penitencia reducida,
 tú, a quien los ojos dieron la bebida
 de abundante licor, aunque salobre,
 y alzándote²¹ la plata, estaño y cobre
 te dio la tierra en tierra la comida,
 vive seguro de que eternamente,
 en tanto, al menos, que en la cuarta esfera,
 sus cabellos aguije el rubio Apolo,
 tendrás claro renombre de valiente;
 tu patria será en todas la primera;
 tu sabio autor, al mundo único y solo.

DON BELIANÍS DE GRECIA²² A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto

Rompí, corté, abollé, y dije y hice
 más que en el orbe caballero andante;
 fui diestro, fui valiente, fui arrogante;
 mil agravios vengué, cien mil deshice.

Hazañas di a la Fama que eternice;
 fui comedido y regalado amante;
 fue enano para mí todo gigante
 y al duelo en cualquier punto satisfice.

Tuve a mis pies postrada la Fortuna,
 y traje del copete²³ mi cordura
 a la calva Ocasión al estricote²⁴.

Mas, aunque sobre el cuerno de la luna
 siempre se vio encumbrada mi ventura,
 tus proezas envidio, ¡oh gran Quijote!

LA SEÑORA ORIANA A DULCINEA DEL TOBOSO

Soneto

¡Oh, quién tuviera, hermosa Dulcinea,
 por más comodidad y más reposo,
 a Miraflores²⁵ puesto en El Toboso,
 y trocara sus Londres con tu aldea!

¡Oh, quién de tus deseos y librea
 alma y cuerpo adornara, y del famoso
 caballero que hiciste venturoso
 mirara alguna desigual pelea!

¡Oh, quién tan castamente se escapara
 del señor Amadís como tú hiciste
 del comedido hidalgo don Quijote!

Que así envidiada fuera, y no envidiara,
 y fuera alegre el tiempo que fue triste,
 y gozara los gustos sin escote²⁶.

GANDALÍN, ESCUDERO DE AMADÍS DE GAULA, A SANCHO PANZA, ESCUDERO DE DON QUIJOTE

Soneto

Salve, varón famoso, a quien Fortuna,
 cuando en el trato escuderil te puso,
 tan blanda y cuerdamente lo dispuso,
 que lo pasaste sin desgracia alguna.

Ya la azada o la hoz poco repugna
al andante ejercicio; ya está en uso
la llaneza escudera, con que acuso
al soberbio que intenta hollar la luna.

Envidio a tu jumento y a tu nombre,
y a tus alforjas igualmente invidio,
que mostraron tu cuerda providencia.

Salve otra vez, ¡oh Sancho!, tan buen hombre,
que a solo tú nuestro español Ovidio,
con buzcrona²⁷ te hace reverencia.

DEL DONOSO,
POETA ENTREVERADO,
A SANCHO PANZA Y ROCINANTE

Soy Sancho Panza, escude-
del manchego don Quijo-;
puse pies en polvoro-²⁸,
por vivir a lo discre-;
que el tácito Villadie-²⁹
toda su razón de esta-
cifró en una retira-,
según siente *Celesti-*
libro, en mi opinión, divi-,
si encubriera más lo huma-.

A Rocinante

Soy Rocinante el famo-
bisnieto del gran Babie-³⁰;
por pecados de flaque-
fui a poder de un don Quijo-.
Parejas corrí a lo flo-³¹;
mas por uña de caba-
no se me escapó ceba-,
que esto saqué a Lazari-
cuando, para hurtar el vi-
al ciego, le di la pa-³².

ORLANDO FURIOSO
A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto

Si no eres par, tampoco le³³ has tenido:
que par pudieras ser entre mil pares;
ni puede haberle donde tú te hallares,
invicto vencedor, jamás vencido.

Orlando soy, Quijote, que, perdido
por Angélica, vi remotos mares,
ofreciendo a la Fama en sus altares
aquel valor que respetó el olvido.

No puedo ser tu igual; que este decoro
se debe a tus proezas y a tu fama,
puesto que, como yo, perdiste el seso.

Más serlo has mío, si al soberbio moro
y cita³⁴ fiero domas, que hoy nos llama
iguales en amor con mal suceso³⁵.

EL CABALLERO DEL FEBO
A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto

A vuestra espada no igualó la mía,
Febo español, curioso cortesano,
ni a la alta gloria de valor mi mano,
que rayo fue do nace y muere el día.

Imperios desprecié; la monarquía
que me ofreció el Oriente rojo en vano
dejé, por ver el rostro soberano
de Claridiana³⁶, aurora hermosa mía.

Améla por milagro único y raro,
y, ausente en su desgracia, el propio infierno
temió mi brazo, que domó su rabia.

Mas vos, godo³⁷ Quijote, ilustre y claro,
por Dulcinea sois al mundo eterno,
y ella, por vos, famosa, honesta y sabia.

DE SOLISDÁN³⁸
A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto

Maguer³⁹, señor Quijote, que sandeces
vos tengan el cerbelo derrumbado,
nunca seréis de alguno reprochado
por home de obras viles y soeces.

Serán vuestas fazañas los joeses,
pues tuertos desfaciendo habéis andado,
siendo vegadas mil apaleado
por follones cautivos y raheces⁴⁰.

Y si la vuesa linda Dulcinea
desaguisado contra vos comete,
ni a vuestas cuitas⁴¹ muestra buen talante,
en tal desmán, vueso conorte⁴² sea
que Sancho Panza fue mal alcagüete,
necio él, dura ella, y vos no amante.

DIÁLOGO
ENTRE BABIECA Y ROCINANTE

Soneto

B. ¿Cómo estáis, Rocinante, tan delgado?

R. Porque nunca se come, y se trabaja.

B. Pues ¿qué es de la cebada y de la paja?

R. No me deja mi amo ni un bocado.

B. Andá, señor, que estáis muy mal criado,
pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.

R. Asno se es de la cuna a la mortaja.

¿Queréislo ver? Miraldo⁴³ enamorado.

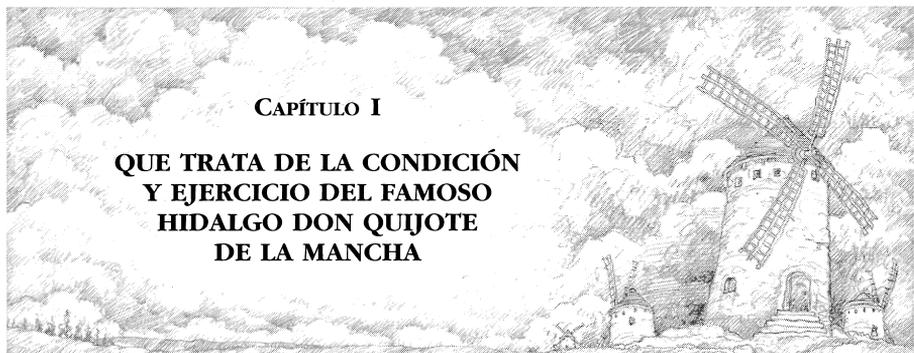
B. ¿Es necedad amar? *R.* No es gran prudencia.

B. Metafísico estáis. *R.* Es que no como.

B. Quejaos del escudero. *R.* No es bastante.

¿Cómo me he de quejar en mi dolencia,
si el amo y escudero o mayordomo
son tan rocines como Rocinante?

PRIMERA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA



En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme¹, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero², adarga³ antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón⁴ las más noches, duelos y quebrantos⁵ los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes⁶ de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte⁷, calzas de velludo⁸ para las fiestas, con sus pantuflos⁹ de lo mismo, y los días de entresemana se honraba con su vellorí¹⁰ de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años. Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre¹¹ de Quijada, o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben; aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quejana. Pero esto importa poco a nuestro cuento; basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber, que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso —que eran los más del año—, se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos; y de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva¹², porque la claridad de su prosa y aquellas entricadas razones suyas le parecían de perlas, y más cuando

llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: *La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura.* Y también cuando leía: *...los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza.*

Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mesmo Aristóteles, si resucitara para solo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianís daba y recibía, porque se imaginaba que, por grandes maestros¹³ que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero, con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y dalle fin al pie de la letra, como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran¹⁴. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar —que era hombre docto, graduado en Sigüenza¹⁵— sobre cuál había sido mejor caballero: Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula; mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo; que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas sonadas sonadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo. Decía él que el Cid Ruy Díaz había sido muy buen caballero, pero que no tenía que ver con el Caballero de la Ardiente Espada¹⁶, que de solo un revés había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había muerto a Roldán el encantado, valiéndose de la industria¹⁷ de Hércules, cuando ahogó a Anteo, el hijo de la Tierra, entre los brazos. Decía mucho bien del gigante Morgante, porque, con ser de aquella generación gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero, sobre

todos, estaba bien con Reinaldos de Montalbán, y más cuando le veía salir de su castillo y robar cuantos topaba, y cuando en allende¹⁸ robó aquel ídolo de Mahoma que era todo de oro, según dice su historia. Diera él por dar una mano de coces al traidor de Galalón, al ama que tenía y aun a su sobrina de añadidura¹⁹.

En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos, del imperio de Trapisonda; y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dio prisa a poner en efecto lo que deseaba.

Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vio que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje²⁰, sino morrión simple²¹; mas a esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que, encajada con el morrión, hacía una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dio dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, y, por asegurarse deste peligro, la tornó a hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza, y sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje²².

Fue luego a ver su rocín, y aunque tenía más cuartos²³ que un real y más tachas que el caballo de Gonela²⁴, que *tantum pellis et ossa fuit*²⁵, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque —según se decía él a sí mismo— no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así procuraba acomodársele de manera que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón que, mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenía a la nueva orden y

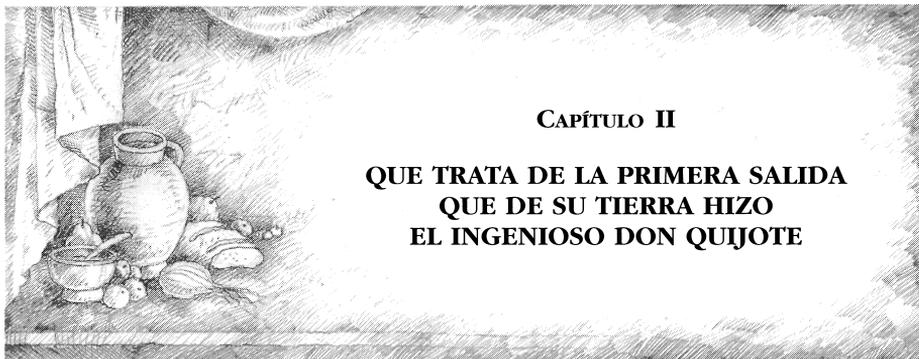
al nuevo ejercicio que ya profesaba; y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar *Rocinante*, nombre, a su parecer, alto, sonoro, y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo ²⁶.

Puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró ocho días, y al cabo se vino a llamar don Quijote; de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que sin duda se debía llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero, acordándose que el valeroso Amadís no sólo se había contentado con llamarse Amadís a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por hacerla famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse *don Quijote de La Mancha*, con que, a su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della ²⁷.

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmándose ²⁸ a sí mismo, se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma. Decíase él a sí:

—Si yo, por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece a los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, o le parto por mitad del cuerpo, o, finalmente, le venzo y le rindo, ¿no será bien tener a quien enviarle presentado y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendido: «Yo, señora, soy el gigante Caraculíambro, señor de la ínsula Malindrania, a quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de La Mancha, el cual me mandó que me presentase ante vuestra merced para que la vuestra grandeza disponga de mí a su talante?»

¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló a quien dar nombre de su dama! Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo, ni le dio cata dello ²⁹. Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y, buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla *Dulcinea del Toboso*, porque era natural del Toboso; nombre, a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto ³⁰.



CAPÍTULO II

QUE TRATA DE LA PRIMERA SALIDA QUE DE SU TIERRA HIZO EL INGENIOSO DON QUIJOTE

Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso guardar más tiempo a poner en efecto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía¹ en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar², sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte a persona alguna de su intención, y sin que nadie le viese³, una mañana, antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo, con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo. Mas apenas se vio en el campo, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa; y fue que le vino a la memoria que no era armado caballero y que conforme a ley de caballería ni podía ni debía tomar armas⁴ con ningún caballero; y puesto que lo fuera, había de llevar armas blancas, como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase⁵. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas, pudiendo más su locura que otra razón alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, a imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él había leído en los libros que tal le tenían. En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armiño⁶; y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras.

Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo:

—¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera?: «Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas⁷ habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada Aurora, que, dejando la blanda cama del celoso marido⁸, por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote de La Mancha, dejando las ociosas plumas⁹, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel¹⁰.»

Y era la verdad que por él caminaba. Y añadió diciendo:

—Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. ¡Oh tú, sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia, ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras!

Luego volvía diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado:

—¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! Mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra ferrosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece¹¹.

Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje. Con esto, caminaba tan despacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos, si algunos tuviera.

Casi todo aquel día caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego luego¹² con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino¹³ fue la del Puerto Lápice¹⁴; otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de La Mancha, es que él anduvo todo el día, y, al anochecer, su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre¹⁵; y que, mirando a todas partes por ver si descubriría algún castillo o alguna majada de pastores donde recogerse y adonde pudiese remediar su mucha hambre y necesidad, vio, no lejos del camino por donde iba, una venta, que fue como si viera una estrella

que, no a los portales, sino a los alcázares de su redención le encaminaba. Diose priesa a caminar, y llegó a ella a tiempo que anochecía.

Estaban acaso¹⁶ a la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman del partido¹⁷, las cuales iban a Sevilla con unos arrieros que en la venta aquella noche acertaron a hacer jornada¹⁸, y como a nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído, luego que vio la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles¹⁹ de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava²⁰, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuese llegando a la venta que a él le parecía castillo, y a poco trecho della detuvo las riendas a Rocinante, esperando que algún enano se pudiese entre las almenas a dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo²¹. Pero, como vio que se tardaban y que Rocinante se daba priesa por llegar a la caballeriza, se llegó a la puerta de la venta, y vio a las dos distraídas mozas que allí estaban, que a él le parecieron dos hermosas doncellas o dos graciosas damas que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos —que, sin perdón, así se llaman²²—, tocó un cuerno, a cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó a don Quijote lo que deseaba, que era que algún enano hacía señal de su venida, y así, con extraño contento, llegó a la venta y a las damas, las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte, armado y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban a entrar en la venta; pero don Quijote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelón y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dijo:



—No fuyan las vuestras mercedes ni teman desaguisado²³ alguno; ca²⁴ a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle a ninguno, cuanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran.

Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro, que la mala visera le encubría; mas, como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesión, no pudieron tener la risa, y fue de manera, que don Quijote vino a correrse²⁵ y a decirles:

—Bien parece la mesura en las hermosas, y es mucha sandez además la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acuitedes²⁶ ni mostredes mal talante; que el mío non es de ál²⁷ que de serviros.

El lenguaje, no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero acrecentaba en ellas la risa y en él el enojo, y pasara muy adelante si a aquel punto no saliera el ventero, hombre que, por ser muy gordo, era muy pacífico, el cual, viendo aquella figura contrahecha²⁸, armada de armas tan desiguales como eran la brida, lanza, adarga y coselete²⁹, no estuvo en nada en³⁰ acompañar a las doncellas en las muestras de su contento. Mas, en efecto, temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente, y así le dijo:

—Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amén del³¹ lecho (porque en esta venta no hay ninguno), todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia.

Viendo don Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza, que tal le pareció a él el ventero y la venta, respondió:

—Para mí, señor castellano³², cualquiera cosa basta, porque

mis arreos son las armas,
mi descanso el pelear, etc.

Pensó el huésped³³ que el haberle llamado castellano había sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era andaluz, y de los de la playa de Sanlúcar, no menos ladrón que Caco, ni menos maleante que estudiantado paje³⁴, y así le respondió:

—Según eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir, siempre velar³⁵, y siendo así, bien se puede apear, con seguridad de hallar en esta choza ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche.

Y diciendo esto, fue a tener el estribo a don Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel día no se había desayunado.

Dijo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comía pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como don Quijote decía, ni aun la mitad; y acomodándole en la caballeriza, volvió a ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas, que ya se habían reconciliado con él; las cuales, aunque le habían quitado el peto y el espaldar³⁶, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola³⁷ ni quitalle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los ñudos; más él no lo quiso consentir en ninguna manera, y así, se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y extraña figura que se pudiera pensar, y al desarmarle, como él se imaginaba que aquellas traídas y llevadas³⁸ que le desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo, les dijo con mucho donaire:

—Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido
como fuera don Quijote
cuando de su aldea vino:
doncellas curaban³⁹ dél;
princesas, del su rocino,

o Rocinante, que éste es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y don Quijote de La Mancha el mío; que, puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote ha sido causa que sepáis mi nombre antes de toda sazón; pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros.

Las mozas, que no estaban hechas a oír semejantes retóricas, no respondían palabra: sólo le preguntaron si quería comer alguna cosa.

—Cualquiera yantaría yo —respondió don Quijote—, porque, a lo que entiendo, me haría mucho al caso.

A dicha, acertó a ser viernes aquel día, y no había en toda la venta sino unas raciones de un pescado que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comería su merced truchuela; que no había otro pescado que dalle a comer.

—Como haya muchas truchuelas —respondió don Quijote—, podrán servir de una trucha, porque eso se me da⁴⁰ que me den ocho reales en sencillos⁴¹ que en una pieza de a ocho. Cuanto más, que

podría ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabrón. Pero, sea lo que fuere, venga luego; que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas.

Pusiéronle la mesa a la puerta de la venta, por el fresco, y trújole el huésped una porción del mal remojado y peor cocido bacallao y un pan tan negro y mugriento como sus armas; pero era materia de grande risa verle comer, porque, como tenía puesta la celada y alzada la visera⁴², no podía poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba y ponía, y así, una de aquellas señoras servía deste menester. Mas al darle de beber, no fue posible, ni lo fuera si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recibía en paciencia, a trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso a la venta un castrador de puercos, y así como llegó, sonó su silbato de cañas⁴³ cuatro o cinco veces, con lo cual acabó de confirmar don Quijote que estaba en algún famoso castillo, y que le servirían con música, y que el abadejo eran truchas, el pan candeal⁴⁴, y las rameras damas, y el ventero castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinación y salida. Mas lo que más le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la orden de caballería.





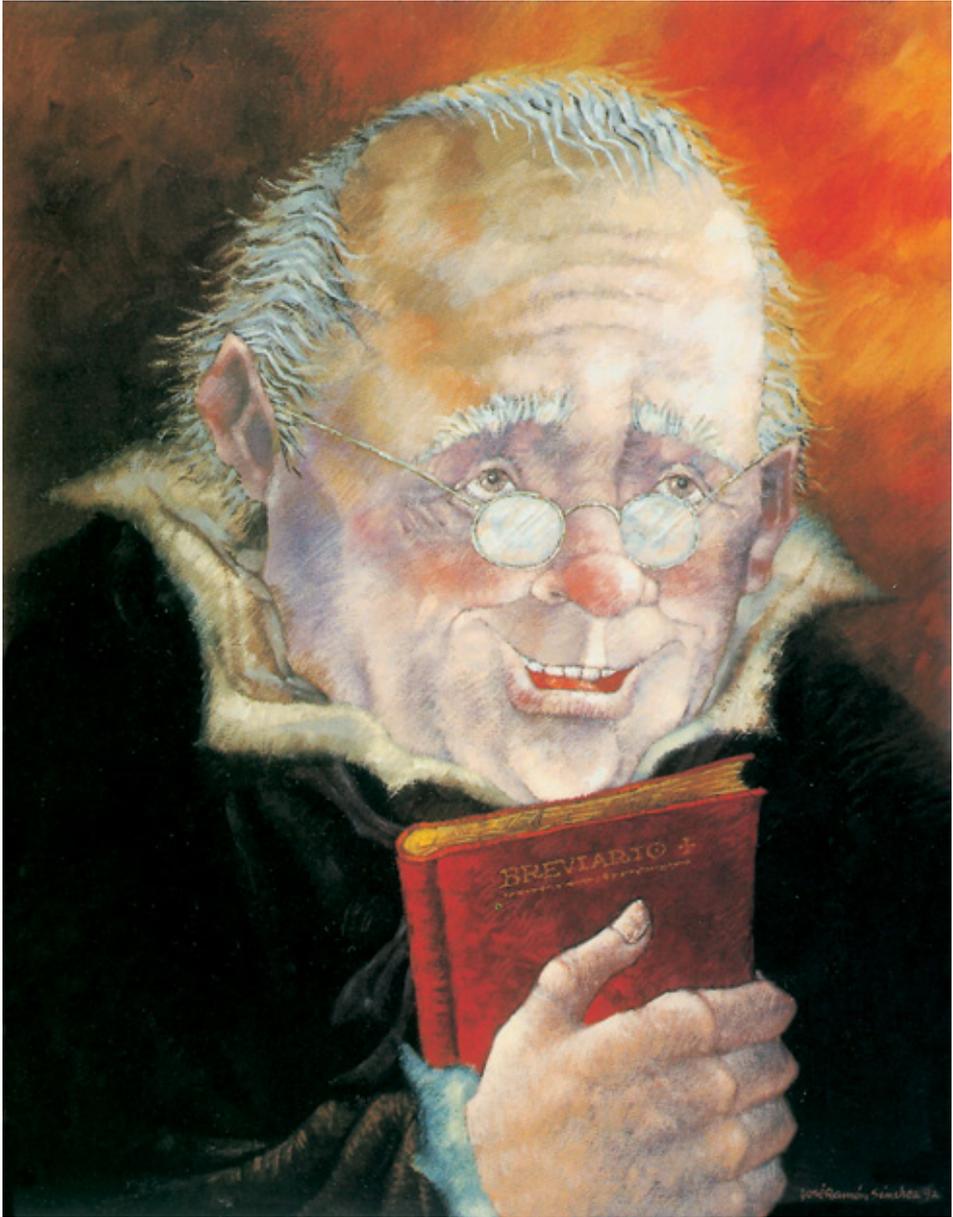
En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme... (Capítulo I).





Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles... (Capítulo I).





Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar —que era un hombre docto, graduado en Sigüenza— sobre cuál había sido mejor caballero: Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula... (Capítulo I).

...más maese Nicolás, barbero del mesmo pueblo, decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula (Capítulo I).



ÍNDICE

Introducción por <i>Ángel Basanta</i>	7
Cervantes y la gloria	7
I. Cervantes y la España de su tiempo	8
II. El <i>Quijote</i>	13
III. Cervantes y el arte de la novela	43
IV. Presencia del <i>Quijote</i> en la novela occidental	46
Esta edición	52
Bibliografía	54

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Tasa	62
Testimonio de las erratas	62
El Rey	62
Al duque de Béjar	64
Prólogo	65
Poemas iniciales	71

PRIMERA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

I. Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de La Mancha	79
II. Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote	83
III. Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero	89
IV. De lo que le sucedió a nuestro caballero cuando salió de la venta	95
V. Donde se prosigue la narración de la desgracia de nuestro caballero ..	101
VI. Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo	106
VII. De la segunda salida de nuestro buen caballero don Quijote de La Mancha	114
VIII. Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordación	119

SEGUNDA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

IX. Donde se concluye y da fin a la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron	129
X. De lo que más le avino a don Quijote con el vizcaíno, y del peligro en que se vio con una turba de yangüeses	134
XI. De lo que le sucedió a don Quijote con unos cabreros	139
XII. De lo que contó un cabrero a los que estaban con don Quijote	146
XIII. Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos ...	152
XIV. Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos	161



TERCERA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

XV. Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses	171
XVI. De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo	178
XVII. Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo don Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta que, por su mal, pensó que era castillo	185
XVIII. Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas	193
XIX. De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos	203

XX. De la jamás vista ni oída aventura que con más poco peligro fue acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso don Quijote de La Mancha	210
XXI. Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas a nuestro invencible caballero	223
XXII. De la libertad que dio don Quijote a muchos desdichados que, mal de su grado, los llevaban donde no quisieran ir	233
XXIII. De lo que aconteció al famoso don Quijote en Sierra Morena, que fue una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan ..	243
XXIV. Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena	253
XXV. Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de La Mancha, y de la imitación que hizo a la penitencia de Beltenebros	261
XXVI. Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo don Quijote en Sierra Morena	277
XXVII. De cómo salieron con su intención el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia	285

CUARTA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

XXVIII. Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la misma Sierra	301
XXIX. Que trata de la discreción de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo	314
XXX. Que trata del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar a nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se había puesto.....	325
XXXI. De los sabrosos razonamientos que pasaron entre don Quijote y Sancho Panza, su escudero, con otros sucesos	335
XXXII. Que trata de lo que sucedió en la venta a toda la cuadrilla de don Quijote	344
XXXIII. Donde se cuenta la novela del curioso impertinente	351
XXXIV. Donde se prosigue la novela del curioso impertinente	369
XXXV. Donde se da fin a la novela del curioso impertinente	387
XXXVI. Que trata de la brava y descomunal batalla que don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, con otros raros sucesos que en la venta le sucedieron	395
XXXVII. Que trata donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras	404
XXXVIII. Que trata del curioso discurso que hizo don Quijote de las armas y las letras	414
XXXIX. Donde el cautivo cuenta su vida y sucesos	418
XL. Donde se prosigue la historia del cautivo	426
XLI. Donde todavía prosigue el cautivo su suceso	437
XLII. Que trata de lo que más sucedió en la venta y de otras muchas cosas dignas de saberse	454

XLIII. Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos	461
XLIV. Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta	471
XLV. Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda y otras aventuras sucedidas, con toda verdad	479
XLVI. De la notable aventura de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero don Quijote	486
XLVII. Del extraño modo con que fue encantado don Quijote de La Mancha, con otros famosos sucesos	493
XLVIII. Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio	502
XLIX. Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor don Quijote	509
L. De las discretas altercaciones que don Quijote y el canónigo tuvieron, con otros sucesos	516
LI. Que trata de lo que contó el cabrero a todos los que llevaban a don Quijote	522
LII. De la pendencia que don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los deceplinantes, a quien dio felice fin a costa de su sudor	527



EL INGENIOSO CABALLERO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

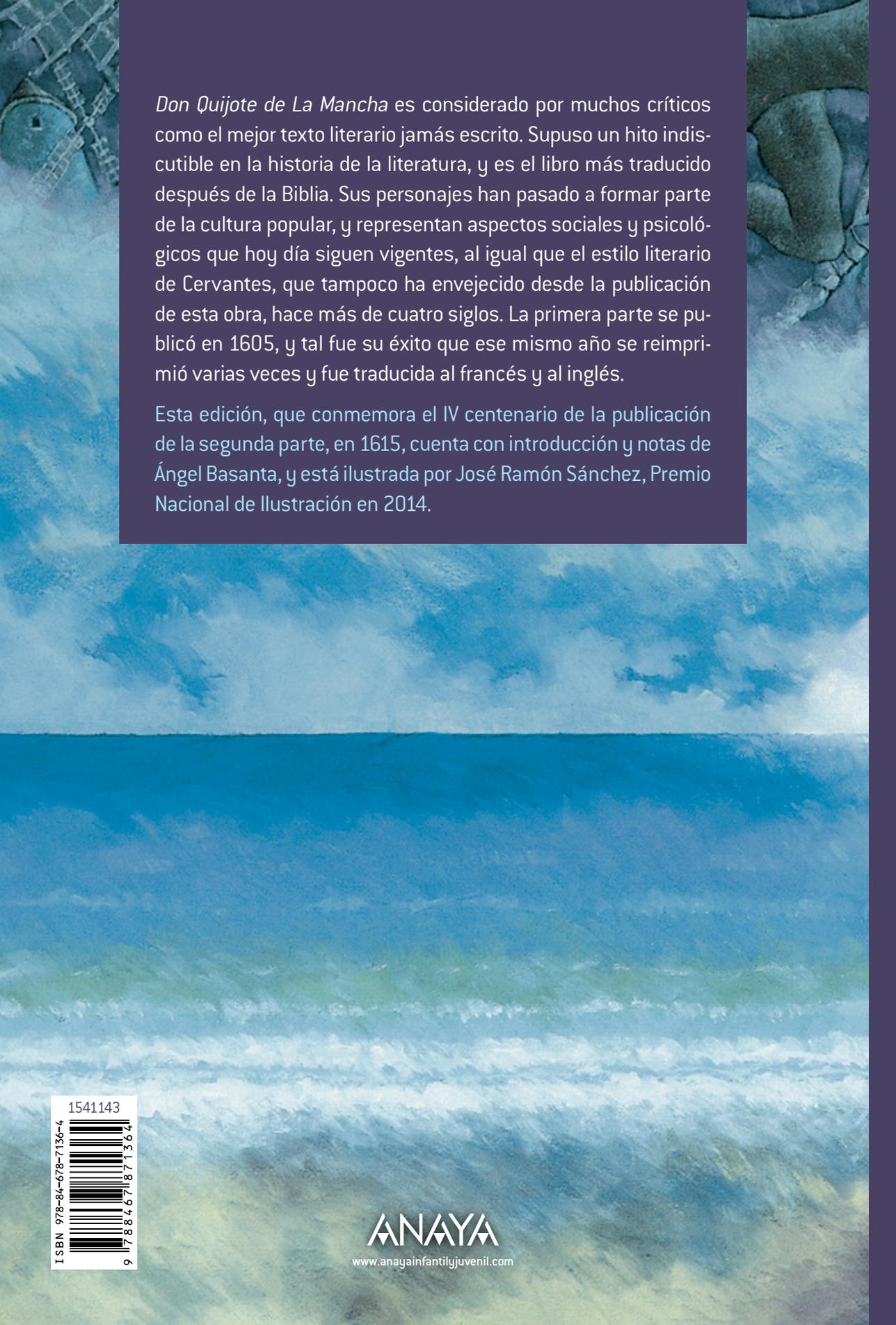
Tasa	542
Fee de erratas	542
Aprobación del Doctor Gutierre de Cetina	542
Aprobación de El Maestro Joseph de Valdivielso	543
Aprobación de El Licenciado Márquez Torres	543
Privilegio	545
Prólogo al lector	547
Dedicatoria	550
I. De lo que el cura y el barbero pasaron con don Quijote cerca de su enfermedad	551
II. Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de don Quijote, con otros sujetos graciosos	561
III. Del ridículo razonamiento que pasó entre don Quijote, Sancho Panza y el bachiller Sansón Carrasco	566
IV. Donde Sancho Panza satisface al bachiller Sansón Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse ..	574
V. De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordación	579
VI. De lo que pasó a don Quijote con su sobrina y con su ama, y es uno de los importantes capítulos de toda la historia	585
VII. De lo que pasó don Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos	590
VIII. Donde se cuenta lo que le sucedió a don Quijote yendo a ver su señora Dulcinea del Toboso	597
IX. Donde se cuenta lo que en él se verá	604
X. Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar a la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos ..	608
XI. De la extraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijote con el carro o carreta de Las Cortes de la Muerte	617
XII. De la extraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijote con el bravo Caballero de los Espejos	624
XIII. Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos	631
XIV. Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque	637
XV. Donde se cuenta y da noticia de quién era el Caballero de los Espejos y su escudero	648
XVI. De lo que sucedió a don Quijote con un discreto caballero de La Mancha	651
XVII. De donde se declaró el último punto y extremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de don Quijote, con la felicemente acabada aventura de los leones	660
XVIII. De lo que sucedió a don Quijote en el castillo o casa del Caballero del Verde Gabán, con otras cosas extravagantes	670

XIX. Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos	678
XX. Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico con el suceso de Basilio el pobre	685
XXI. Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos	695
XXII. Donde se da cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazón de La Mancha, a quien dio felice cima el valeroso don Quijote de La Mancha	701
XXIII. De las admirables cosas que el extremado don Quijote contó que había visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa	709
XXIV. Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia	719
XXV. Donde se apunta la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino	725
XXVI. Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdad harto buenas	734
XXVII. Donde se da cuenta quiénes eran maese Pedro y su mono, con el mal suceso que don Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenía pensado	744
XXVIII. De cosas que dice Benengeli que las sabrá quien le leyere, si las lee con atención	751
XXIX. De la famosa aventura del barco encantado	756
XXX. De lo que le avino a don Quijote con una bella cazadora	763
XXXI. Que trata de muchas y grandes cosas	768
XXXII. De la respuesta que dio don Quijote a su reprehensor, con otros graves y graciosos sucesos	777
XXXIII. De la sabrosa plática que la duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note	790
XXXIV. Que cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se había de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras más famosas deste libro	797
XXXV. Donde se prosigue la noticia que tuvo don Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos	804
XXXVI. Donde se cuenta la extraña y jamás imaginada aventura de la dueña Dolorida, alias de la condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió a su mujer Teresa Panza	812
XXXVII. Donde se prosigue la famosa aventura de la dueña Dolorida	818
XXXVIII. Donde se cuenta la que dio de su mala andanza la dueña Dolorida ...	820
XXXIX. Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia	827
XL. De cosas que atañen y tocan a esta aventura y a esta memorable historia	830
XLI. De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura	835
XLII. De los consejos que dio don Quijote a Sancho Panza antes que fuese a gobernar la ínsula, con otras cosas bien consideradas	845

XLIII. De los consejos segundos que dio don Quijote a Sancho Panza	851
XLIV. Cómo Sancho Panza fue llevado al gobierno, y de la extraña aventura que en el castillo sucedió a don Quijote	856
XLV. De cómo el gran Sancho Panza tomó la posesión de su ínsula, y del modo que comenzó a gobernar	865
XLVI. Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora	872
XLVII. Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno	877
XLVIII. De lo que le sucedió a don Quijote con doña Rodríguez, la dueña de la duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna	885
XLIX. De lo que sucedió a Sancho Panza rondando su ínsula	893
L. Donde se declara quién fueron los encantadores y verdugos que azotaron a la dueña y pellizcaron y arañaron a don Quijote, con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta a Teresa Sancha, mujer de Sancho Panza	905
LI. Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos	914
LII. Donde se cuenta la aventura de la segunda dueña Dolorida, o Angustiada, llamada por otro nombre doña Rodríguez	922
LIII. Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza	929
LIV. Que trata de cosas tocantes a esta historia, y no a otra alguna	935
LV. De cosas sucedidas a Sancho en el camino y otras que no hay más que ver	943
LVI. De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre don Quijote de La Mancha y el lacayo Tosilos, en la defensa de la hija de la dueña doña Rodríguez	950
LVII. Que trata de cómo don Quijote se despidió del duque y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora, doncella de la duquesa	955
LVIII. Que trata de cómo menudearon sobre don Quijote aventuras tantas que no se daban vagar unas a otras	960
LIX. Donde se cuenta del extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió a don Quijote	971
LX. De lo que sucedió a don Quijote yendo a Barcelona	978
LXI. De lo que le sucedió a don Quijote en la entrada de Barcelona, con otras que tienen más de lo verdadero que de lo discreto	990
LXII. Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías que no pueden dejar de contarse	994
LXIII. De lo mal que le avino a Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa morisca	1006
LXIV. Que trata de la aventura que más pesadumbre dio a don Quijote de cuantas hasta entonces le habían sucedido	1015
LXV. Donde se da noticia quién era el de la Blanca Luna, con la libertad de don Gregorio, y de otros sucesos	1019
LXVI. Que trata de lo que verá el que lo leyere, o lo oirá el que lo escuchare leer	1024

LXVII. De la resolución que tomó don Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo, en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos en verdad gustosos y buenos	1029
LXVIII. De la cerdosa aventura que le aconteció a don Quijote	1033
LXIX. Del más raro y más nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino a don Quijote	1038
LXX. Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no excusadas para la claridad desta historia	1044
LXXI. De lo que a don Quijote le sucedió con su escudero Sancho yendo a su aldea	1051
LXXII. De cómo don Quijote y Sancho llegaron a su aldea	1056
LXXIII. De los agüeros que tuvo don Quijote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia	1062
LXXIV. De cómo don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte	1067
Notas	1075





Don Quijote de La Mancha es considerado por muchos críticos como el mejor texto literario jamás escrito. Supuso un hito indiscutible en la historia de la literatura, y es el libro más traducido después de la Biblia. Sus personajes han pasado a formar parte de la cultura popular, y representan aspectos sociales y psicológicos que hoy día siguen vigentes, al igual que el estilo literario de Cervantes, que tampoco ha envejecido desde la publicación de esta obra, hace más de cuatro siglos. La primera parte se publicó en 1605, y tal fue su éxito que ese mismo año se reimprimió varias veces y fue traducida al francés y al inglés.

Esta edición, que conmemora el IV centenario de la publicación de la segunda parte, en 1615, cuenta con introducción y notas de Ángel Basanta, y está ilustrada por José Ramón Sánchez, Premio Nacional de Ilustración en 2014.

1541143



ANAYA

www.anayainfantiljuvenil.com